

GERMINAL



Madrid... { Trimestre.... 2 pts.
 Año..... 7 —
 Provincias.. { Trimestre.... 2,50 —
 Año..... 9 —
 Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.
 Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.
 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: VILLANUEVA, 20, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA



LEÓN TOLSTOI.

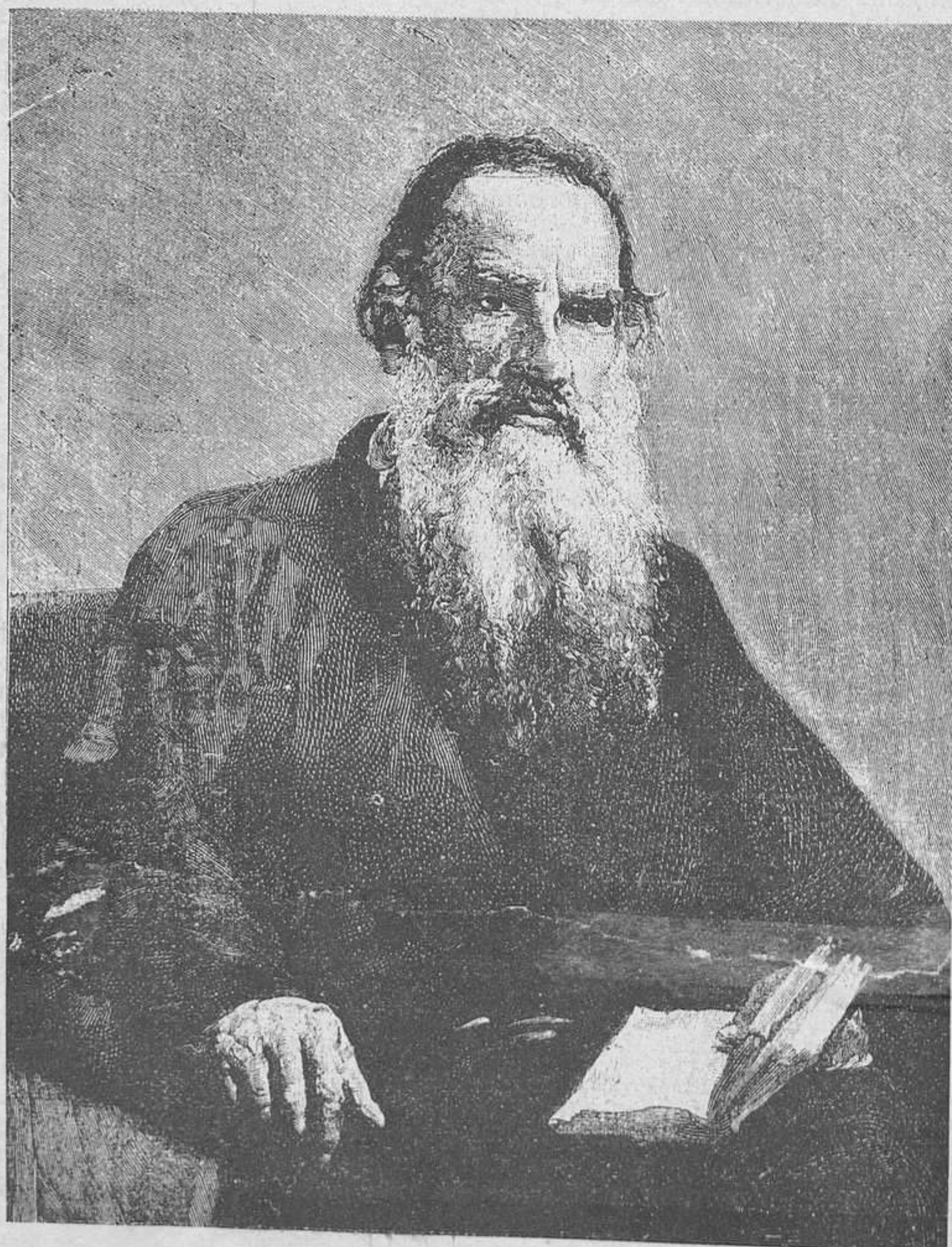
No es sólo Tolstói el gran pensador y novelista admirado por Europa entera, sino el reformador y guía de la generación actual de Rusia. Sus novelas monumentales *Paz y guerra* y *Ana Karenina*, están reputadas como obras de arte á la altura de *Germinal*, *Nana* y *La Débacle*, de Emilio Zola; muy superior, sin embargo, al gran francés es el novelista ruso, como pensador; tiene algo de Giordano Bruno y Martín Lutero, y más bien de éste, porque su patria se encuentra hoy en un período de reforma política social y religiosa muy parecido al que atravesaba Alemania en el siglo XVI.

Este fondo de pesimismo cristiano, con su bárbaro concepto de pecado original, da á las obras de Tolstói un carácter algo indigesto y raro para los lectores occidentales, que apenas si comprendemos ya aquel mundo místico y tenebroso. Acostumbrados á la saltimbancuía del cristianismo romano con sus obispos danzantes y cortesanos, sus papas entrometidos en las intriguillas políticas, y su moral frívola, nos es difícil comprender á primera vista la grandiosa austeridad, y la sublime profundidad del cristianismo de Tolstói; y si lo comprendemos y admiramos, como admiramos el poder del arte en la *Divina Comedia*, del Dante, no podemos menos de protestar contra este renacimiento de la barbarie del pasado, aunque esté saturado de un humanitarismo sublime.

Bajo este punto de vista parece el gran novelista ruso una figura extraña y exótica en nuestra civilización moderna, algo así como en la mesa del presidente de la América del Norte un jefe de los pieles rojas, el representante de la virginidad de la selva y de la infancia de la humanidad. Tolstói es la protesta del pueblo ruso contra los refinamientos y los vicios de la civilización europea: el araucano altivo que desafía á los degenerados hijos de la civilización.

León Tolstói y Miguel Bakunin han sido los revolucionarios más poderosos del imperio ruso y ambos han ejercido y ejercen una gran influencia sobre los espíritus pensadores en Europa. Ambos están derribando, cada uno á su manera, los fundamentos de la monarquía y de la Iglesia: el uno queriendo destruir toda nuestra civilización europea, y el otro sustituyéndola por una religión del porvenir, que en último resultado se confunde con el evangelio social contemporáneo.

ERNESTO BARK.



ES LA HORA.



o; no es posible permanecer más tiempo en la triste situación social por que atraviesa España. Hay en la atmósfera algo que no tiene forma y que tiene voz; que no se puede tocar, pero que se llega a sentir; y ese algo, resumen de nuestras angustias, de nuestras vergüenzas, de nuestras desesperaciones y de nuestros odios, grita al oído de nuestra conciencia sublevada: «¿Hasta cuándo vais a sufrir esto?»

Y tiene razón esa voz que abofetea el espíritu cobarde de los españoles; tiene razón. Porque no parecemos un pueblo de hombres; parecemos un redil de carneros sufriendo temerosamente las pedradas de un pastor idiota.

Cuando se sustrae uno, por determinación de su voluntad y de su juicio, al medio ambiente apaisado y servil que le envuelve, apenas si acierta a comprender cómo los hombres que hicieron una revolución y volcaron un trono, cómo los hijos de esos hombres han sufrido y sufren durante tantos años la reacción brutal, inaugurada con el restauramiento de la monarquía borbónica.

¡Fijáos bien, libertos, que no libertados, de la revolución de Septiembre! ¡Fijáos bien en los hechos que presenciáis, y decid si valía la pena de derribar una dinastía, de proclamar una constitución y alborear una república para llegar al actual estado de cosas!

Vuestra obra fué incompleta, indecisa, tímida y tocáis las consecuencias de vuestra obra. Eso es cierto; pero ¿por qué en vez de aspirar a rectificarla, os sometéis pacientemente a este despotismo, que por no tener nada grande no tiene siquiera las brutalidades del león, sino las hipocresías del raposo; a este despotismo, que no mata a zarpazos, sino a alfilerazos; que no desgarrar, sino araña; que no derriba, sino roe; que no hace la tarea sanguinaria del tigre, sino la faena asquerosa del topo?

¿No habéis parado mientes en lo que está pasando en España, desde la restauración hasta aquí?

Pues vale la pena de que os detengáis un instante. Hacedlo y veréis una hacienda empobrecida, esquilnada, rapiñada sin compasión; una agricultura falta de brazos que la trabajen y vivifiquen; una industria raquítica, dividida en dos secciones desiguales: de un lado, los patronos que se enriquecen arruinando al obrero; de otro, los obreros que se mueren de hambre; un mar de sangre precipitándose hacia nuestras colonias, para cubrir con su triste oleaje las torpezas de los generales, de los ministros, de los políticos; una teocracia absorbente secuestrando el pensamiento y la conciencia en la cátedra, en el libro, en la tribuna, en el teatro; metiéndose en la entraña de los gobiernos, domesticándolos con su oro y convirtiéndolos en esclavos, para convertirse ella en despota, en señora absoluta y voraz que se come la tierra en nombre del cielo; una inmoralidad mansa que se filtra en todos los espíritus y agosta poco a poco todas las energías, todas las virilidades, todos los arranques nobles del cerebro y del corazón. Eso es lo que veréis: un pueblo apuñalado por la espalda; condenado a morir para la causa del progreso humano.

Esto es lo que veréis, porque este es el tristísimo resultado de la restauración borbónica; ésta la obra de los políticos monárquicos.

¿Y ésto puede sufrirse más tiempo? No; las sociedades, como los hombres, tienen derecho a la vida. El instinto de conservación nos manda defendernos.

Es necesario que esto acabe. Al hablar así, nos dirigimos a todos. No decimos republicanos, socialistas, demócratas... no; decir eso sería decir poco; no nos dirigimos a partidos y agrupación determinada; no es nuestro grito el grito egoísta de una esperanza personal, es el llamamiento a una vindicación humana.

¡Hombres de buena voluntad, quien quiera que seáis, ayudadnos!

Ha llegado la hora de dignificarnos ó de envilecernos para siempre. Vosotros diréis.

LAS CUEVAS DEL DRACH.

(RECUERDOS DE MALLORCA.)



Al salir de la cueva, la luz del sol que se hundía en el mar cubriéndolo de tintas violáceas y reverberaciones rojizas me hizo guiñar los ojos. Tenía aplastado el cerebro. La contemplación de aquella belleza desconocida, nueva absolutamente para mí, me produjo el efecto de un puñetazo en el cráneo; las ideas saltaban dentro de él dislocadas, confusas, atropellándose las unas a las otras; sucediéndose vertiginosamente, sin

orden, sin disciplina, sin concierto, como un ejército que se desbanda. Un mundo de impresiones se alzaba en mi imaginación, pero un mundo no hecho aún, mundo donde todo andaba revuelto, en pleno caos.

Si alguien me hubiese preguntado entonces: «¿qué le parecen á usted las cuevas del Drach?», le hubiese respondido: «No sé.» Recuerdo que Manuel Paso, mi compañero de excursiones, me dirigió algunas palabras... yo le respondí: Déjame, no me hables; no puedo hablar; tengo el pensamiento rendido.

Así era en efecto; acababa de recibir una violenta sacudida. La naturaleza, la hembra sublime, siempre desflorada y siempre virgen, se había entregado á mí una vez más, y yo, luego de gozarla, de hacerla mía, de sentir en toda su intensidad brutal el espasmo nervioso del deleite, experimentaba ese cansancio, esa laxitud, ese amodorramiento, ese desplome absoluto del organismo que sigue al placer de la posesión.

¡Las cuevas del Drach!... Un mundo pequeño construido en las entrañas de la tierra por una gota de agua. Mundo silencioso, sombrío, mudo, ciego, *in pace* gigantesco donde la voz humana es un insulto y la luz del guía un desacato. Mundo que vive en lenta y perpetua gestación, en crecimiento imperdurable, en labor constante, en remozamiento continuo, que tiene bosques y campos y montañas y ciudades y calles y edificios y templos, sin que á su creación haya contribuido más que un artífice, la gota de agua; gota de agua que resbala dulce y pausadamente por la superficie de la estalactita y queda suspendida de ella como una lágrima, para caer luego con ruido de beso juvenil en las aguas dormidas de aquellos lagos siempre inmóviles, faltos de luz que los colore y de viento que los sacuda.

Este mundo formidable y siniestro, hermoso y temible, se nos entregaba de un modo fantástico. Tan pronto surgía enfrente de nosotros, iluminado por las torcidas de manganeso, que el guía quemaba sin avisar á nadie, como se ocultaba en la sombra para resurgir á los pocos segundos y volver á ocultarse después... Era la suya una visión intermitente, un paso brusco del deslumbramiento á la ceguera, un espectáculo sólo comparable al que ofrece la costa cercana vista desde las bordas de un buque en una noche de tempestad cuando se avanza entre tinieblas, sin ver nada, y un relámpago, abriendo impensadamente las nubes, nos lo muestra todo de golpe, el mar, el cielo, los montes, las llanuras, el dibujo caprichoso del caserío, el perfil granítico de las iglesias... todo, sólo que todo se borra también de golpe, todo desaparece de súbito, todo se hunde en el abismo de la noche negra, haciéndole á uno preguntarse con asombro y con miedo: «¿He visto lo que he visto, ó no?»... Y uno duda y vacila, y acabaría por decir: «no, no he visto nada», si el faro del puerto brillando en la obscuridad como un grito de luz, no nos dijera: «Has visto bien; esta es la costa. Aquí la tienes».

Tampoco hubiéramos creído, cuando nos envolvía la sombra, en la realidad de aquella estupenda visión subterránea, á no brillar delante de nosotros el farol del guía como una esperanza que nos gritaba: «¡Un poco de paciencia! ¡Aguardad y veréis más, mucho más y más bello que lo que lleváis visto!»

Y veíamos más... ¡siempre más!... ¿Qué veíamos? Una maravilla. ¡Trabajo portentoso el realizado por las gotas de agua en el subsuelo de nuestra vivienda común!... Esta galería era una calle inmensa, donde se alineaban edificios enormes, en cada uno de los cuales había dejado su huella y su fórmula una arquitectura religiosa distinta... Aquí un templo griego medio arruinado, con sus esbeltas columnatas, con su elegante pórtico, con su gallardo peristilo; al lado suyo, una fachada gótica, con sus ventanas ojivales, con sus arcadas severas, con su afán perpetuo de elevarse á la altura y de convertir la piedra en oración; junto á ella un trozo de idolatría mejicana, confundiendo las líneas de su dibujo semi salvaje con el de la vivienda jeroglífica de un sacerdote egipcio, á la que se unían los fragmentos colosales de una pagoda india despanzurrada. Enfrente una capilla del Renacimiento, donde estalactitas y estalacmitas se burlaban de los artistas de la época, combinándose con las más elegantes y airoas combinaciones geométricas que imaginarse puedan; cerca un apunte de iglesia románica; más lejos el esbozo de una catedral bizantina; más lejos aún espeso bosque de arcos semicirculares, sostenidos por columnas bajas y caladas, que evocaban las mezquitas donde sueñan los árabes con paraíso lascivo y carnal; y al término de la galería, al desembocar en ancha plazoleta, aparecía la arquitectura romana, sola, con sus templos, con sus palacios, con sus acueductos, con su circo, desde cuyas gradas el pueblo reverenciaba al César, al Dios hecho carne de la religión del despotismo... Sola estaba, como si el orgullo del pueblo que la dió vida, que dominó la tierra, hubiese llegado debajo de la tierra también á pedir un puesto de honor, en el que reinase como soberana única, sin rivales ni coparticipes. Era aquello que yo veía algo así como un juicio apocalíptico de la madre naturaleza, que había llevado á la barra á todas las religiones, para enerrarlas y confundirlas por sus desaciertos en una maz-

morra, donde tuvieran que mirarse y combatirse los dioses cara á cara.

Las mismas arquitecturas, más en pequeño, se esbozaban entre los huecos libres de la vía monumental, formando callejas retorcidas que se perdían en la sombra. Una ciudad entera cuyos límites se desvanecían en el fondo siniestro de negruras inexploradas.

Y tras de la ciudad el campo con sus montañas esqueletoideas y sus abismos amenazadores, con sus bosques donde todos los árboles se mezclaban constituyendo una flora loca, en cuya formación hicieron las gotas de agua el papel de sembradores borrachos, arrojando al azar y brotasen como brotasen, las semillas de todos los climas. Los pinos se enroscaban con las palmeras, las palmeras con los sauces, los sauces con los olivos, los olivos con los plátanos, las encinas con los bambúes, el roble con el sándalo, el naranjo con el ébano, el espino con el cañaveral... ¡Promiscuidad inaudita y sublime!

Al término del bosque aparecía la llanura con su espléndida vegetación. Tan pronto era ésta un grupo de estalactitas que se extendían en multitud finísima como brotes de hierbas jugosas, como un cuadro extenso de verdura, ó un campo de trigo con sus tallos flexibles y sus espigas repretadas, ó un viñedo con sus sarmientos retorcidos, ó un maizal con sus aplopécicas mazorcas... Sólo que por un fenómeno rarísimo por una nueva extravagancia de los sembradores borrachos, la vegetación estaba invertida; no brotaba del suelo, sino del techo resquebrajado de la cueva.

La visión no terminaba aún; seguía hacia adelante variando siempre. Y cuando se perdió la ciudad en la sombra, cuando los montes desaparecieron y los bosques se achicaron en la lejanía, y las vegetaciones de los valles fueron haciéndose más raras hasta convertir la cueva en un erial... cuando creíamos que el espectáculo terminaba, cuando envueltos de repente por la obscuridad pensábamos en la vuelta, oímos la voz del guía que gritaba. ¡Atención, señores!...

La luz intensa del manganeso ofreció á nuestros ojos el espectáculo de un mar dormido, silencioso, sin olas, inmóvil, transparente, pero de una inmovilidad perfecta, de una transparencia vaporosa; mar diáfano, apenas coloreado por una ligera tinta verde, de un verde pálido, moribundo, anémico, imposible de describir. Si el color muriera y pudieran apoderarse de él las palideces de la muerte, entonces sí, entonces podrían describirse las tonalidades de este mar, diciendo que el color verde había muerto, y con las palideces de su cadáver se había teñido aquel cristal clarísimo formado en el transcurso de los siglos con gotas de agua espiritualizadas por la constancia y por el trabajo, limpias de toda impureza, cernidas antes de caer allí por el cernedor implacable de la estalactita.

Allí, descubriéndonos su fondo con franqueza de virgen, estaba el mar del mundo que habíamos visitado; mundo al que no faltaba nada, ni habitantes siquiera, que su pacienzudo creador le había dotado de ellos, colocando en la ciudad figuras borrosas de hombres y mujeres sentados á la puerta de los edificios, plantados en medio de las calles, acostados entre las verduras de la campiña; de animales salvajes que dormían en medio del bosque, de aves desconocidas que se aferraban á las ramas de los árboles ó aparecían por entre las hojas; de insectos suspendidos sobre las espigas ó sobre las flores de los campos sembrados en la bóveda irregular de la cueva... No; nada faltaba en aquel mundo, hecho á semejanza del nuestro, sólo que todo estaba como momificado, viviendo dentro de una tumba.

* * *

Tan soberano desbordamiento de paisajes de piedra, era contemplado por nosotros ó con mudo asombro ó con frases de admiración. Y con nuestro respeto, con nuestro profundo acatamiento, con nuestra actitud reverente y humilde, formaba contraste delicioso el despreocupado ir y venir del guía, su charla franca, el chispeante regocijo de su alegre carácter, más alegre entonces gracias á algunas copas de rom que le habíamos hecho beber. Como Pedro por su casa andaba el payés mallorquín por aquellas crujiás de sombra, mofándose de todo, poniendo á cada cosa un mote, tratando tú por tú á las estalactitas y á nosotros también; que en más de una ocasión dijo al más próximo: «¡Oye, aquí tú pagas y yo mando!» ó gritó al más apartado de la senda: «¡Ven aquí, píjocero, que desde aquí lo verás mejor!» Era la nota cómica en aquel drama de la naturaleza, la risa de aquellas tinieblas, el bufón de aquel palacio de la sombra, cuyas bellezas nos enseñaba con verdadero instinto de artista, iluminando los sitios más notables y los lugares más hermosos, pero manoseándolos con familiaridad extrema, con la familiaridad de la costumbre. Trataba á las estalactitas y á las estalacmitas de su cueva como trata el sacristán á las imágenes de su iglesia, sin ningún respeto, pero con mucha gracia y poniéndolas en condiciones de llamar la atención de los fieles y sostener los rendimientos materiales y morales del culto.

Mientras llegaban á mis oídos las palabras del guía como una música retonza, daba yo vueltas en el inte-

rior de mi cerebro al espectáculo grandioso que había presenciado; y antojóseme que aquel mundo sombrío vivió en tiempos remotos la vida tumultuosa que nosotros vivimos hoy; que tuvo sus fiebres, sus entusiasmos, sus enervamientos, sus luchas, sus ambiciones, sus amores, sus odios...; que llevó al último extremo las vibraciones de su espíritu y las sacudidas de su materia...; que dominado al fin por esta última, cayó en el más asqueroso embrutecimiento y que vino un día en que toda aquella naturaleza pecó sin tasa contra los mandatos de su Dios: los hombres, las fieras, los insectos, los árboles, las plantas, las llanuras, las montañas, el mar; que habían llegado al límite del egoísmo, de la brutalidad en el desenfreno, que eran delincuentes, monstruosos, sin redención posible, y que Dios, queriendo castigar sus infamias con el más horrendo de los castigos, les privó de la luz para siempre.

Así veía yo aquel mundo, así me explicaba su actual situación, así el aspecto que ante mis ojos ofrecía. El castigo vino de pronto; la luz del sol se apagó de repente á un soplo de la divinidad; un crepúsculo vago, brevísimo, formado por los rayos dispersos de luz que habían descendido á la tierra alumbró por cortos instantes el terror general; luego vino la sombra, la catástrofe... y aquel mundo, enloquecido por el terror, comenzó á andar á tientas, tratando de escaparse, de huir, hasta que comprendió lo inevitable de su desgracia, lo imposible de su salvación. Al comprenderlo, un pánico general se apoderó de todos. Los árboles se apretaron los unos contra los otros; las hojas quedaron inmóviles; las hierbas se reunieron en haces espantados; el mar encalmó su oleaje; los edificios se tambalearon cayendo sin concierto los unos encima de los otros; las fieras del bosque se arrojaron al suelo, entumecidas por el espanto; las aves permanecieron mudas sobre las ramas que las sostenían, con las alas abiertas y sin atreverse á volar; los insectos se agarraron al tallo de los vegetales con abrazo epiléptico; los hombres quisieron gritar y no encontraron eco donde resonara su voz; andar, y no supieron dónde poner el pie, y sobrecogidos por un espasmo nervioso, agarrotados por el más horrible de los estupores, quedaron, donde les sorprendió la hecatombe, con la boca abierta, el cuerpo contraído y las manos tendidas hacia delante en ademán de súplica... El viento se ocultó con susurro cobarde en el último rincón de la cueva, y la sombra, la sombra eterna cayó sobre aquel mundo como la tapa de un ataúd sobre un cadáver.

Y allí está, quieto, inmóvil, mudo, convertido en piedra de puro contraer sus organismos todos, abandonado de Dios, sin que ningún ruido turbe el silencio pavoroso de su cárcel más que el de la gota de agua que cae sobre el lago, profiriendo un *chits* solemne, un lato imperativo de silencio perpetuo... ¡Allí está ese mundo siglos y siglos, purgando su culpa, esperando inútilmente el rayo de luz que ha de redimirlo...!

JOAQUÍN DICENTA.

A defender la política imbecil de la Restauración. A pagar sus culpas con vuestra sangre; á sostener con vuestra muerte su vida.

¡100.000 hombres para eso!

¡Pensar que con la mitad bastaría para que eso acabase!

DE STECCHETTI.

SONETO.

Te quise bien y fuí tu preceptor;
mas, chica, los consejos que te di
no sirvieron de na la para tí
y en vez de mejorar, fuiste peor.

¡Ya me he cansado! Ambicioné tu amor,
no las lujurias que trajiste á mí;
busqué en tu pecho un corazón, y allí
encontré al egoísmo de señor.

Nunca en lo honesto te miré gozar;
el festín fué tu gloria y tu placer
y el templo de tu amor el lupanar.

¡No tienes redención! ¡Adiós mujer!
Es inútil la lucha. ¿A qué luchar?
¡Adiós! ¡No nos podemos entender!

*
*
*

*Si fractus illabatur orbis
Impavidum serient ruinae.*

HORAT.

Ven mi Nerina á sentarte
aquí sobre mis rodillas,
y el fuego de tus mejillas
en tus ojos mire arder;

Ven y cíñele á mi cuello
desnudo el brazo incitante,
yo en tu pecho palpitante
mi cabeza esconderé.

Tiemble entre tanto la tierra,
rujan furiosos los mares,
de los cielos á millares
rueden mundos en montón.

¿Qué me importa? Si tus labios
no apartas del labio mío,
¡impávido desafío
á la muerte y aún á Dios!

SONETO.

Cuando nació Jesús, Naturaleza
engalanó los montes y los prados
y al portal de Belén, alborozados,
fueron los hombres ante tal grandeza.

¡Hosanna al Redentor! La dicha empieza.
¡Hosanna al Redentor de los pecados!...
Mas la mula y el buey desconfiados
movieron recelosos la cabeza.

Dijo la mula: ¿Redimir mi lomo
quien en Jerusalem hará su entrada
montado sobre mí triunfantemente?...
Y dijo el buey: ¿Mi redención? Y ¿cómo,

si en Caná ofreceréis mi carne asada
como sabroso pasto de la gente?...

J. JURADO DE LA PARRA.

PROPAGANDA Y ORGANIZACIÓN.

PROXIMAMENTE 6 millones de españoles están capacitados por la ley para tomar parte en las contiendas políticas. De estos 6 millones sólo 2 viven en las ciudades bajo la influencia constante de la prensa, que en España es el factor más importante, como agente revolucionario, porque es resueltamente liberal, vegetando los periódicos clericales y conservadores, únicamente merced á las subvenciones. Los 4 millones restantes viven en el campo sujetos á la embrutecedora influencia del caciquismo campesino.

En cuanto al credo político puede afirmarse que un millón de estos últimos, esclavos del caciquismo clerical, son adictos al clericalismo y más ó menos carlistas. La monarquía actual, con el ejército de empleados é interesados en el régimen vigente, cuenta tal vez con otro millón, y las ideas revolucionarias republicanas y socialistas cuentan, sin duda, con unos 2 millones de partidarios, quedando como elemento indiferente ó masa neutra, otros 2 millones.

Sería trabajo perdido querer propagar nuestros ideales entre los carlistas y los paniaguados de la monarquía. Nuestros esfuerzos deben dirigirse, sobre todo, á ganar las simpatías de la opinión neutra, de los 2 millones, llamados á decidir en todas las graves crisis del país y cuya aquiescencia es indispensable para todos los Gobiernos. Forman estos 2 millones en su mayor parte honrados labradores, comerciantes é industriales que miran con desconfianza y justificado recelo á todos los políticos y á todos los partidos. Su voto decide en las elecciones y su opinión es reflejada con bastante frialdad por los grandes diarios de empresa deseosos de interpretar los sentimientos é intereses de sus lectores. Esta opinión neutra no tiene

RÁPIDA.

ICARNE DE CAÑÓN!

San Sebastián 24 (9 n.)

El general Azcárraga llamará en Septiembre 10.000 hombres al servicio de las armas.

Dichos soldados estarán en filas el tiempo necesario para que completen su instrucción.

El Liberal

100.000 hombres más necesitan la Regencia y los gobernantes que la apoyan para redimir con la sangre, por aquellos vertida, sus desaciertos políticos, sus errores coloniales, sus desdichas guerreras, sus torpezas militares y diplomáticas.

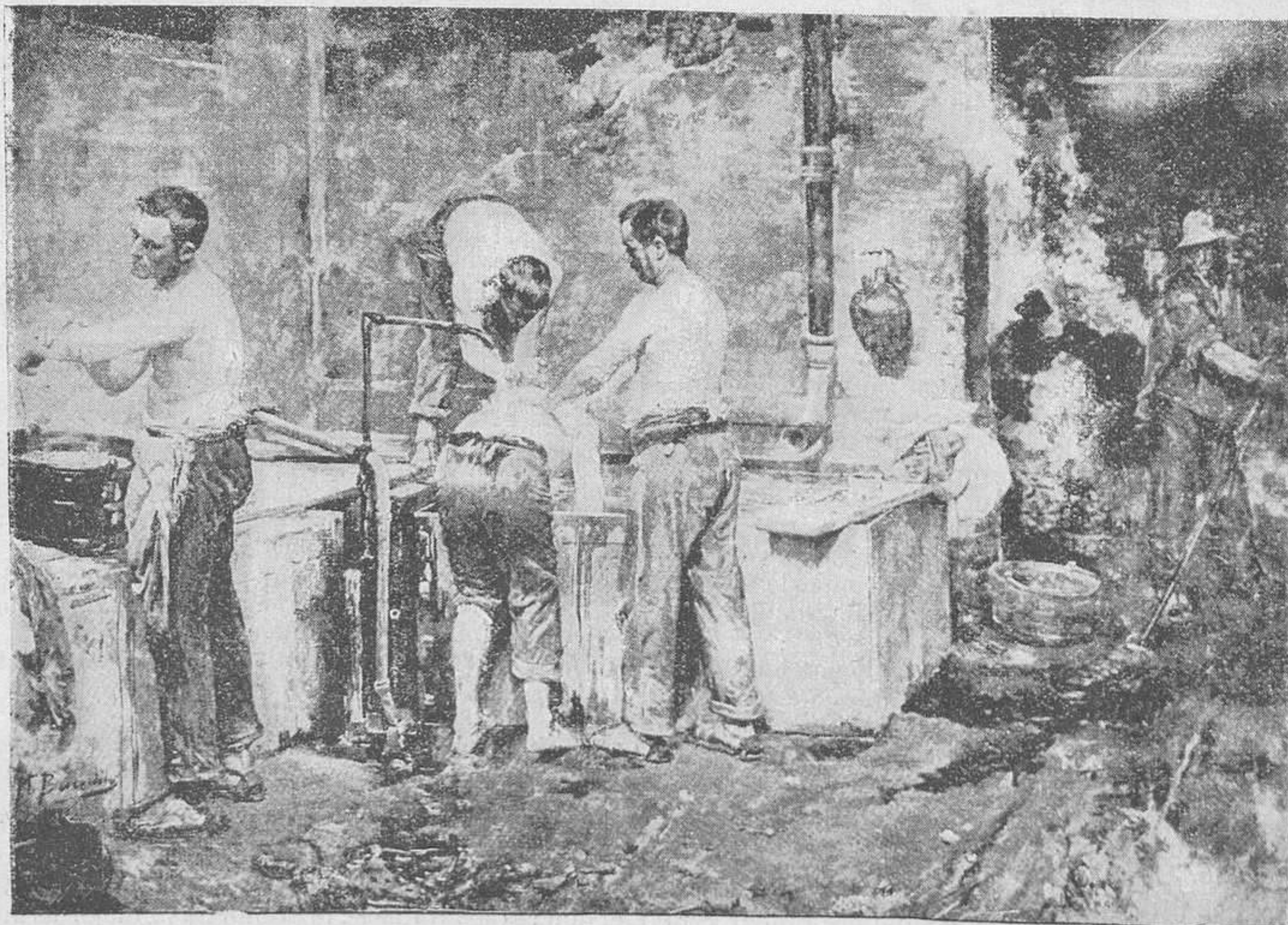
¡Españoles de 20 años, preparaos á ir al matadero!

¿Qué importa que los campos queden sin brazos que los cultiven, las industrias sin músculos que las vivifiquen, los hogares sin pan, las madres sin hijos y la miseria arrojando á España en el rostro las carcajadas brutales de su triunfo!

¡Qué importa!... A Cuba, á Filipinas... A llenar los huecos. A seguir muriendo en nuestras colonias PACIFICADAS.

¿Y á qué váis? ¿A defender la patria? ¿La integridad del territorio? ¿A luchar por algún deal grande, sublime, generoso?... No.

DE LA EXPOSICIÓN DE 1897.



MANUEL BENEDICTO.—EL ASEO DESPUÉS DEL TRABAJO.

predilecciones decididas por ningún gobierno, sólo pide orden, tranquilidad y estabilidad para trabajar y comerciar, y continuidad y lógica en las reformas, porque todo salto la asusta y todo desequilibrio en los negocios públicos la perturba. Hoy acepta sin protesta la monarquía constitucional, como aceptaba en 1873 la República y aceptaría mañana la República Social, si ésta se presenta con las debidas garantías de orden, equilibrio y continuidad en su desarrollo.

Ganar las simpatías de esta masa neutra, es para una corriente revolucionaria como la republicano-socialista, inmensamente difícil, y si GERMINAL lo ha conseguido ya en gran parte a los pocos meses de existencia, puede estar satisfecho. La opinión independiente simpatiza con nuestra propaganda, la alienta con su aplauso y con su creciente apoyo material. Ideas y soluciones que hasta ahora eran repulsivas, se discuten desde luego con agrado, y escritores de reputación adquirida en la exposición de tendencias contrarias, consagran con unánime aplauso su brillante talento en favor del socialismo. En pocos meses hemos ganado más partidarios para nuestra causa que nuestros precursores en quince años de sacrificios y luchas, sin que por esto dejemos de reconocer lo que han hecho, y de estar dispuestos siempre a ofrecerles el puesto de honor, porque los demócratas debemos rendir homenaje a la gratitud, y por esto debemos ser justos con los hombres que en difícilísimas circunstancias han propagado entre los obreros el socialismo; diferencias de procedimiento y táctica, no deben dividirnos ni hacernos injustos los unos hacia los otros; esto sería grave delito, como sería censurable ingratitud que los socialistas españoles no hiciéramos justicia a los demócratas republicanos, precursores y maestros nuestros, cuyos sufrimientos y sacrificios nos han allanado el camino. Por esto ve GERMINAL en todo socialista y republicano un hermano y correligionario suyo, nunca un adversario y menos aún un enemigo. El ideal está sobre todo y la realización del ideal exige la unión de todas las fuerzas, por pequeñas que fueren.

Transformar los recelos de la opinión neutra en simpatías, ha sido uno de los grandes objetivos de nuestra política. El otro es tal vez más difícil y delicado; es de propaganda y organización entre los 2 millones de republicanos y socialistas, a los cuales sólo falta un ideal común que les arrastre a la revolución y la unidad de esfuerzo.

Dice la *República* de Mérida, dirigida por D. Luís Moreno Torrado, que las fracciones pactista, la progresista y los socialistas de diferentes matices, debiéramos formar la izquierda de la futura República bajo la denominación de *Unión republicano socialista*, dejando el puesto de la derecha a la fusión, a la cual se adherirían otros elementos hoy monárquicos. Sin duda se deslindarán de una manera parecida los elementos de la futura República y también a nosotros nos parece importante que los afines tengan ahora ya constante contacto de codos y que se limen las asperezas que puedan existir entre los prohombres de las fracciones. Sin caer en lo anodino é incoloro, hemos procurado evitar las susceptibilidades personales, discutiendo serena y cariñosamente las diferencias que separan aún a las fracciones llamadas un día a formar la izquierda de la República. Con satisfacción hemos visto coronados nuestros esfuerzos, viendo que el periódico pactista *El Francolín* acepta el colectivismo y la ley de participación en los beneficios y el partido progresista, nuestro socialista Ministerio del Trabajo. De igual manera vemos ganar terreno a la idea de unión con nosotros y con los republicanos todos, en el partido obrero, que hasta ahora abrigaba infundados recelos hacia el republicanismo en general.

¿Por qué no se organiza esta corriente republicano-socialista en un partido político para derribar en unión de los republicanos de la Fusión la monarquía? ¿Por qué no recorren Dicenta, Bark, Delorme, Fuente, Palomero y otros prestigiosos redactores de GERMINAL, las provincias propagando sus ideales y organizando las masas? Esta misma pregunta del diario citado nos ha sido dirigida por numerosos entusiastas de provincias. En efecto, no cabe duda que el contacto personal entre el escritor y sus lectores produce íntima satisfacción para ambas partes. Si no precisamente para organizar un partido, para comunicarse con sus lectores, se honrarán los aludidos en aceptar tan cariñosas invitaciones, y en particular sería una obra meritoria despertar y enlazar con el movimiento nacional las masas mineras de las cuencas de Huelva, Almería, Linares, Murcia y Bilbao.

Pero entiéndase bien, no se trata de organizar un partido, sino de preparar los ánimos para la gran unión republicano-socialista, capaz de conseguir en las primeras elecciones de la República la mayoría en las Cortes para instituir la República Social, ó si las elecciones fuesen amañadas, lograr al menos una imponente minoría que impulsara al Parlamento una serie de reformas sociales que preparasen el camino al ideal definitivo. Propagar esta gran concentración es nuestro fin, un fin grande y sublime; fundar otra fracción con sus ambiciones y objetivos peculiares,

sería cosa pequeña y mezquina, sería restar energías y fuerzas. Y eso en manera alguna lo queremos nosotros, los hombres de GERMINAL.

A. DE SANTA CLARA.

CUENTOS DE TODO EL MUNDO.

CARIDAD SUPREMA.



IN descansar en toda la noche, recorriendo las tabernas, la pobre hermana de la armada de salvación, se siente al fin rendida; rendida, sí; rendida por todo; por la lluvia que cala su sombrero de paja y hiela sus pies, mal calzados; rendida por los insultos de los borrachos y la dureza de los hombres; rendida, rendida y desesperanzada en su nueva fe, impotente a remediar los horrores del mundo.

El abatimiento se apodera de ella y permanece inmóvil, en la acera, entre las caras pintarrajadas de las prostitutas, de triste aspecto; en la aureola negra de los paraguas, negra aureola de ángeles malos.

La pobre hermana, cree hallarse en el infierno, en el centro de la gran ciudad resplandeciente, tronante en mil ruidos, a la luz lívida de relámpagos aprisionados en globos de cristal.

A su alrededor, los coches y los ómnibus pasan en tropel, como monstruos de ojos movibles; verdes, rojos, azules.

¿Será peor el infierno? ¿Habrán en él mayor contraste de luz y sombra sin aquellas letras de fuego en lo alto de grandes candelabros de bronce para anunciar lugares de lujosos placeres? ¿Habrán en él demonios como aquellos vestidos de negro y blanco, rectos como bastones de ébano que se reían cruelmente de su oferta?

—¡Comprad el diario *Adelante*, cinco céntimos... un número muy interesante!

—Compro la vendedora.

—Todos los periódicos y tú por tres luises.

—Valen más esos ojos. ¡Vaya! Cinco luises si te decides a caer ¡ángel mío!...

—¡Diez luises, yo doy diez luises! Para eso estoy calvo. ¡Diez luises!

—¡Señores! Piensen en Jesús que murió por salvarnos.

Los hombres ríen á carcajadas: cuatro bocas enormes, rojas, que se abren á mandíbula batiente sobre el tizón rojo, gris y blanco de la barba.

Cruelles y devoradoras, las cuatro bocas se abren sobre la hermanita, que huye asustada de las pecheras de porcelana, de las caras enrojecidas por la digestión, de los brazos sedosos que tienden hacia ella la brasa ardiente de los cigarrillos.

El terror la ahoga, sola entre aquellos condenados que vociferan y sin que nadie pueda socorrerla. Los transeúntes ríen con ellos y á los insultos añaden los consejos.

—Anda, dice un vendedor de periódicos. Yo te venderé el papel mientras.

A las palabras del pilluelo siguen, las de la prostituta.

—¡Diez luises! Y no corres... Si crearás que todos los días hay quien dé diez luises.

La intrusión de esta gente disgusta á los caballeros.

El más joven planta la cuestión en definitiva.

—Escucha. Ahora entramos en aquel *restaurant*. Si entras á los postres te daremos diez luises.

—Justo, dijo el más viejo; debe ser *mascota*.

—Si así fuera, te daremos veinticinco luises, veinticinco.

—Sería graciosísimo, graciosísimo, coger la flor de la armada de salvación. Nada, me suscribo por veinticinco luises.

—Pregunta al mozo por M. Federico.

Y desaparecen, riendo á carcajadas, por la escalera regia, de peldaños alfombrados, entre las inclinaciones de los camareros, imperantes como magistrados, humildes como mendigos.

La hermanita se queda sola y el círculo de curiosos se aleja poco á poco. Sola, bajo la lluvia, sola y llorando lágrimas candentes que abrasan sus mejillas.

De pronto, gritos y juramentos; de una callejuela sale un hombre y detrás una mujer que intenta sujetarle... La hermanita ve brillar un arma entre los dos. La mujer grita: ¡Socorro! ¿Quién me ayuda?... ¡Por Dios!... persiste.

Los gritos son desgarradores. La hermanita sujeta también el brazo del hombre. Las dos mujeres luchan, y él por fin cede. Cae el arma. La historia de siempre. Una familia sin recursos, los hijos sin pan, el *ritornelo* eterno de la miseria; el hombre ha robado y le han sorprendido; si antes de la obra no ha devuelto el dinero (500 francos), le prenderán... mejor es morir... acabar para siempre...

—¿Veinticinco luises hacen 500 francos?

—Ya lo creo...

—Antes de una hora puedo tenerlos—dijo la hermanita.—Esperadme allí, junto al *restaurant*...

Y echó á correr, desechando las ideas que la asaltan. Sólo repite la frase del *Eclesiastes*. Más vale una buena acción que diez virtudes. ¿Qué mayor caridad que sacrificar el alma, la salvación propia por la salvación ajena?

Penetra en un salón encarnado, y allí, entre los cuatro condenados, entre las copas espumantes y las pirámides de frutas raras, la parece hallarse en el cielo y que ordena las falanges de arcángeles y querubines y que la espada de la justicia eterna, resplandece en su mano.

Su corazón entonaba un himno de triunfo, las legiones de arcángeles la aclamaban, y cuando el pobre recibió el dinero del sacrificio, la pareció que Cristo venía, la besaba en los labios, en el místico beso de celestiales desposorios.

PABLO ADAM.

EL OBRERO DEL CAMPO.

¡Cuántos infortunados tienen que pagar 10 céntimos por un pan que vale 5! Cuando uno ve esos segadores encorvados sobre el rastrojo, bajo un sol que echa chispas, deslumbrados por el reflejo brillante de la mies, sudando á chorros que resbalan sobre su atezada y arrugada faz, negros los brazos, secos, nervudos, cejijuntos, mal comidos, sucios, y les observa metidos en faena desde las cuatro en que clarea el alba hasta las siete y media en que el sol se pone, sin más comida que un caldero de gazpacho andaluz y á la noche un arroz con patatas y bacalao; no puede menos de pensarse en los palacios alfombrados, en los banquetes con mil raros manjares, en los trenes, lujo, coches, brillantes y saraos de esa gente rica que vive precisamente de lo que no paga al mísero segador, del pan que le quita, de lo que le mengua el jornal, y pedir otra organización social que grave el lujo, castigue al avaro, fuerce á dar al rico, desmenuce la propiedad y dé á cada cual de qué vivir, sin que el ocio del uno sea sostenido por el trabajo del otro.

¡Pobres segadores de Castilla! Difícil es que se dé tarea más ruda, trabajo más sostenido, sol que arda más, comida más escasa y lecho... por la noche, aquí en estas llanuras en que el termómetro marca 46° á las dos de la tarde y descende á 16 durante la corta obscuridad; allí, sobre los haces, ó quizá sobre los surcos, duerme un montón de segadores á la inclemencia del cielo, al lado del perro que guarda el hato ó del pollino que lo conduce.

Ninguno de esos infelices sabe que hay una ley de sufragio que les declara soberanos por irrisión. ¡Si lo supieran! ¡Si conocieran el valor del voto!

Estas pobres gentes que no se hartan de pan, padecen hambre y sed, calor y frío; derraman lágrimas y sudor y vierten su sangre allá en Cuba, precisamente por su ignorancia, por la ineducación en que les tienen las llamadas clases directoras para mejor explotarlos; por esa astuta conjuración del altar y del trono, aliados con la burguesía para sumir en la barbarie á quien verdaderamente se sacrifica por la patria, al ser anónimo que forja la riqueza de la nación y muere desconocido en la traidora manigua.

¿Cuándo ha sonado en la Cámara una voz que les defienda? ¡Hablan alguna vez de proteger la agricultura! Pero por esto debe entenderse la protección al acaparador que encarece el pan, es decir, la protección al rico, al hacendado, al que guarda en su granero la cosecha y obliga al diputado á que fabrique leyes que impidan la entrada de trigo extranjero, para que el pobre sucumba y le deje entero el exiguo jornal que le entregó.

El fisco y las quintas sólo al pobre afectan. El rico se redime del servicio y carga sus impuestos sobre el precio del pan, y el pobre paga con sus músculos y con su sangre el despilfarro y la ineptitud de estos políticos, al servicio único de la burguesía.

¡Qué extraño que maldigan de la política! Del Gobierno no ven más que el pan caro y el hijo que va á Cuba y no vuelve; pero el mal va siendo intolerable, el sufrimiento forma las conciencias, y el día en que estos sufridos labriegos se enteren de dónde viene el daño que les aniquila, los inconscientes serán conscientes y la fuerza se pondrá del lado de la razón.

Seis ú ocho mil políticos manejan la nación. Toda la organización del Estado responde al beneficio de estos sujetos. La centralización, la unión de la Iglesia y el trono, la confiscación de la instrucción pública para falsear con premeditación y alevosía el cerebro de los niños, inutilizándolos para el desarrollo de la racionalidad, la hipnotización que desde el púlpito á la cátedra, desde el libro hasta la prensa, se ejerce sobre el pueblo, lo mantiene sonámbulo, dormida la razón, la superstición despierta é inerte la voluntad. Sólo en

Debemos unirnos todos cuantos vemos en el régimen capitalista la causa de vuestras desdichas sociales, y luchar y luchar sin tregua ni descanso, y por todos los medios, hasta conseguir nuestros propósitos: que la propiedad no pertenezca á individualidades, sino al común, porque la forma de organización de esa misma propiedad y si ésta ha de ser comunista ó colectivista, eso ya lo determinará la Revolución y el concierto de todas las voluntades libérrimamente desarrolladas.

RAFAEL DELORME.

AMORCITOS.

Perdona, alma mía... y escucha un momento que quiero que sepas las ansias que siento...
Quiero que conozcas toda la amargura que sufro al hallarme sin paz ni ventura, mis noches de insomnio, mis horas mortales, mis penas crecientes, el mal de mis males...
Quiero que comprendas lo grande que ha sido mi amor, por tu pecho jamás comprendido y, cuando me veas vagar silencioso, buscando, anhelante, quietud y reposo, quiero, en fin, que tengas el remordimiento de ser tú la causa de mi sufrimiento.
Perdona y escucha... mi dueño adorado...
Yo estaba seguro de haberte olvidado y quise probarme que no me importabas volviendo á los sitios que tú frecuentabas...
Hallarte á mi paso, mirarte de frente sin odio, sin pena... juzgar friamente, y, si me engañaba, si al verte sentía que, amante, á mis labios tu nombre acudía, flagirme á tus ojos feliz, satisfecho, ¡matarle en los labios y ahogarle en el pecho!...

* * *

Alegres amigos me dicen contentos:
—¡Basta ya de penas y de sufrimientos!...
¿La ves?... Ella mira... Tú estás distraído...
¡Ya nada te importa!... ¡La diste al olvido!—
Yo escucho y sonrío... mas siento que, en tanto, mis ojos te buscan cubiertos de llanto, y, al ver tu figura, radiante y hermosa, de un lado á otro lado correr bulliciosa, mi amor resucita, potente y terrible, mayor cada día... ¡porque es imposible!
Y escucho, y me dicen: —¿No es cierto?... ¿no es cierto? Aquella locura... ¿verdad que ya ha muerto?—
Yo digo: — ¡Si todo lo he dado al olvido!
¡Si siento vergüenza de haberla querido!
¡Si ya he recobrado la paz, la alegría!...
¡Si ya no es aquella que á mí me quería!
Si es mala... Tan mala que, en este momento, se muestra radiante por darme tormento...
Lo sé... Lo conozco... ¿No véis mi desvío?
¡Si ya no me importa! ¡Si, al verla, me río!...

* * *

¡Y miento! Quisiera calmar tus ojos, cogerte en mis brazos, besarte en los ojos, tenerte á mi lado, y hablarte, y oírte, y echarme á tus plantas y, amante, decirte, al ver muchas veces lo mal que me tratas:
¡No ves que me mueres!... ¡No ves que me matas!

JOSÉ JUAN CADENAS.

ANTAÑO Y OGAÑO.

Diego Casas de la Moraleda, nacido en los comienzos del siglo XVII, era un sujeto versadísimo en la ciencia económica, y de cuya repentina desaparición ocupáronse los más ilustres escritores de aquel siglo. Era también aficionado á la alquimia, y un día, haciendo experimentos con cacharros y retortas allá en el fondo de escondida cueva, fué atacado de catalepsia, y nuestro hombre no volvió á ser más conocido de los mortales de aquellos tiempos.
Se lo ha debido de tragar la tierra, decían unos. Eso es castigo del cielo, porque era muy malo y atacaba sin piedad en sus escritos á los benditos conventos y á la propiedad eclesiástica, agregaban otros. Satanás (¡Jesús, María y José!) se lo ha llevado en cuerpo y alma, y bien está allá ese *requetecondenado*, aseguraba

una *caritativa* vieja que entraba y salía mucho en el convento de Carmelitas descalzas.

Andando el tiempo, y no hace muchos meses, la casa que habitó Diego Casas de la Moraleda fué echada abajo, y cuál no sería el asombro de los albañiles al ver salir de la cueva á un hombre que, por su traje y su manera de hablar, les recordaba á los hombres que vivieron durante los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II. El aparecido no era otro sino Diego Casas de la Moraleda, que despertaba de la catalepsia que durante siglos le tuvo sepultado en aquella cueva. El arquitecto director de la obra, persona de gran cultura y de selecta educación, tomó por su cuenta á aquel venerable recuerdo de edades pasadas, y entabló con él el siguiente diálogo:

—Contadme, Sr. D. Diego Casas de la Moraleda, ya me habéis dicho que os dedicábais en vuestro tiempo al cultivo de la ciencia económica, ¿qué pensáis de la expulsión de los moriscos en el año 1609?

—Que fué fatal, fatalísima para nuestra industria, nuestro comercio y nuestra agricultura. Al abandonar aquellas 900.000 familias los hogares de sus padres y abuelos, lleváronse, no sólo considerables tesoros, sino la fertilidad y la abundancia de España, cuyas tierras, cuyas heredades y cuyos campos, convertidos en yermos inmensos por la falta de brazos, apenas si daban para mantener esa gran población de gentes que no hacían nada, y que á expensas de los que se dedicaban á las facnas agrícolas vivían: el clero, los frailes, la milicia y la nobleza. De aquí tuvo que seguirse la realización de una tremenda injusticia, vivía con lujo el que no trabajaba, y el que en los campos derramara su sudor y consumiera su salud y sus fuerzas, ese apenas si conseguía lo suficiente para cubrir sus más apremiantes necesidades. Ahora supongo que será otra cosa: la situación se habrá mejorado y ya el pobre no sufrirá como antaño la explotación del rico y su deseo de vivir rodeado de comodidades sin esfuerzo alguno por su parte. La agricultura y la industria estarán florecientes y todos vosotros nadaréis en la abundancia.

—Vais á sufrir un gran desengaño, Sr. D. Diego; la situación de ahora es la misma que la de vuestro tiempo, con la agravante para nosotros de que las exigencias de la época, los progresos efectuados, tanto en lo material como en lo moral, nos obligan á mantener nuevas necesidades, y como la holganza, la explotación y el despilfarro de los unos consumen el trabajo, la laboriosidad y el esfuerzo de los otros, forzosamente tiene que derivarse de todo esto, la bancarrota y la ruina.

—¿Y vuestros economistas no proponen remedio á estos males, no señalan las causas que los determinan? Nosotros teníamos escritores insignes que, como Romero del Álamo, Caja de Leruela, Saavedra Fajardo, Deza, Aguado y mil otros, sostenían que la falta de brazos, la abundancia de manos muertas, los muchos conventos, la numerosa aristocracia, el afán de atesorar el dinero, quitándolo á la circulación, eran la determinante de que los campos estuviesen yermos, el trabajador del campo condenado siempre á la estrechez y á la miseria y el Erario cada vez más pobre, porque cuando los productos son escasos, las contribuciones tienen por fuerza que disminuir también. Y hubo escritores de estos, cual el mencionado Romero del Álamo, que propusieron como remedio la promulgación de una ley que obligara á los poseedores de manos muertas á vender al Estado, para que éste repartiese equitativamente el usufructo de estos terrenos á labradores y hombres que por sí mismos supieran trabajar.

—Nosotros también tenemos economistas eminentes que señalan las causas que han de determinar á no dudar, la bancarrota y la catástrofe que se nos viene encima; entienden estos ilustres escritores que los campos carecen del cultivo necesario, no producen aquello que deberían producir, la industria en España es nula y el comercio cada vez es menos próspero; porque así como vosotros los hombres del siglo XVII guardábais escondidas las riquezas que conseguíais, de la misma manera nosotros, para ahorrarnos quebraderos de cabeza y vivir sin trabajar, en vez de emplear nuestros capitales en empresas industriales ó agrícolas que llevarán por doquiera la prosperidad y la abundancia, dando de comer á todo el que quisiera trabajar, los colocamos en valores del Estado, lo que nos permite obtener íntegro el interés que dejan, toda vez que sólo se satisface tributo insignificante, cuando hasta el trabajo personal contribuye al sostenimiento de las cargas públicas. Este privilegio, nada equitativo, es el principio de infinitos males sociales que aniquilarán por completo el vigente é injusto régimen social. Como el que posee valores del Estado no tributa nada, todo aquel individuo que tiene algún capital lo distrae de la agricultura y de la industria, que cada vez más precaria una y otra, no pueden con las cargas del Estado, y de aquí forzosamente tiene que venir la bancarrota total.

—Tenéis razón. Toda riqueza que produzca directa ó indirectamente debe tributar al Estado, y un país en que esto no suceda es un país perdido. La España de estos días, por lo que me decís, tiene tan malos

Gobiernos como la del siglo XVII; los Lermas y los Olivares, los Haros y los Valenzuelas se reproducen en todos los tiempos. Y no hay que olvidar este antiguo adagio castellano: *El cántaro que va mucho á la fuente, concluye por romperse.*

JUAN DE LA ENCINA.

PRELIMINARES.

(CONCLUSIÓN) (1).

II.



PARA facilitar el estudio y comprensión de las diversas escuelas filosóficas, se las puede reducir á dos grandes bandos perfectamente deslindados y antagónicos: *espiritualista* y *materialista*; y valiéndonos del procedimiento empleado por los naturalistas para sus clasificaciones, diremos que estos nombres representan ideas *genéricas* que comprenden multitud de *especies*. Especies ó variedades del género espiritualista son los platonistas, escolásticos, cartesianos, baconianos, ontologistas, espiritistas, racionalistas, animistas, etc.; y del materialismo, los sensualistas, transformistas y modernos positivistas; entre todos ellos hay notables diferencias, pero las bases fundamentales de cada teoría, aquellas que forman, por así decirlo, su esqueleto, siempre son las mismas.

Esta dualidad de sistemas es eterna en la historia de la filosofía y proviene del modo que los pensadores tuvieron de considerar los conceptos de fuerza y materia.

Los espiritualistas afirman que estas nociones son contradictorias; la materia, para ellos, es lo que se ve, lo que se palpa, lo grosero, lo que está sujeto á leyes físicas y á transformaciones químicas, lo que cae bajo el alcance de los sentidos, lo que nace de la tierra y á la madre tierra vuelve, tras efímera existencia, trocando su antigua personalidad de ser viviente en inmundado pudridero, fecundo nidol de seres en germinación, eslabones infinitesimales de la interminable cadena de la vida; y la fuerza es algo misterioso que se adivina, pero que no se comprueba, y cuya realidad conocemos únicamente por sus efectos: es lo que mantiene á los mundos en perpetuo movimiento, lo que precipita contra el suelo á los sólidos abandonados en el espacio, lo que impide que se disgreguen las moléculas que integran los cuerpos, el principio, en fin, informador y activo que presta unidad y cohesión al universo, pero sin confundirse jamás con la materia que forma la parte tangible y ponderable del cosmos. Consecuentes con este criterio, admiten la realidad de Dios, el *τὸ θεῖον*; de los griegos, principio consciente y creador de los mundos; Dios es la fuerza generadora, inteligente y libre, origen del universo; éste existe porque á Él le plugo sacarlo del vacío; nada puede llegar á la divina fuente de cuanto existe, los mundos ruedan por el espacio pregonando la gloria inmarcesible de su Autor y escribiendo sobre la eternidad en elipses misteriosas los cantos sublimes del poema de la creación; son los broches luminosos de la alfombra en que Dios soberano apoya sus celestiales plantas, y que brillan merced á un destello de la misericordia infinita. Dios es el alma del mundo, y á esa fuerza única y suprema, que está en todas partes pero sin confundirse con su obra, se han reducido los dioses del politeísmo gentil; que el mundo de los ensueños y de las ficciones místicas va disminuyendo, y el Dios del espiritualismo parece un Júpiter griego despojado de su Olimpo y de aquella gloriosa cohorte de personajes poderosos á quienes el regocijado Ganímedes emborrachaba para hacerles olvidar el tormento de ser inmortales.

La hipótesis deísta, inventada para explicar el origen de la creación, sirvió de premisa á la hipótesis del espíritu, elemento activo del microcosmos humano.

El hombre es un agregado compuesto de alma y cuerpo: ésta es nuestra parte efímera y deleznable; la que se halla sometida á las contingencias de la materia frágil; la que sufre enfermedades y muere, descomponiéndose para integrar á otros seres en formación; el principio de los malos apetitos y de las pasiones abominables que embrutece y degradan; el vaso grosero en que el espíritu está encerrado como diamante perdido en el fango; la cárcel durísima en que sufre los dolores que á la carne van unidos, para redimirse de todo pecado y volver puro al seno del Creador. El alma es la que siente, la que discurre, la que quiere; los sentidos corporales sólo sirven de medio para que aquella se ponga en comunicación con el mundo exterior, adobando las impresiones de manera que el espíritu pueda apreciarlas; los ojos transmiten la sensación visual; los oídos la auditiva; las manos la táctil; pero el alma es la que palpa, la que

(1) Véase el núm. 15 de GERMINAL.



ROMÁN RIBERA.—ANTES DEL BAILE.

oye y la que ve, y la única que tiene conciencia de su personalidad.

Separar á la materia de la fuerza, y considerar á aquella como ponderable, tangible, divisible, pasiva, etc.; y á ésta como imponderable, indivisible, intangible y activa, á fin de abrir entre ambos principios un abismo que no pueda franquearse jamás, fué el único empeño del espiritualismo; y ya colocado en esta viciosa pendiente, tuvo que admitir cuantas

conclusiones se desprendían de las premisas fundamentales de su sistema, y conceder al espíritu el libre albedrío, atributo denegado á la materia en virtud de su pasividad é incapacidad: la materia es esclava de las leyes que rigen sus movimientos; y lo mismo el átomo microscópico que el mundo gigantesco, centro de un sistema planetario, por el solo hecho de ser uno y otro materia, están sometidos á las mismas leyes, sin que nada pueda redimirlos de su yugo, y coloca-

dos en condiciones iguales siempre se moverán fatalmente de idéntica manera; pero el espíritu es como Dios, libre; puede odiar ó apetecer á su antojo, moverse, fantasear, entusiasmarse, sin que nada ponga coto ni freno á su libre acometividad; el cuerpo obedece y el espíritu manda; y esto lo hace con la convicción que tiene de su poder y de su independencia.

Y ya tenemos sentados los tres principios cardinales de las teorías espiritualistas: Dios, alma y libertad; trilogía matriz de todas las conclusiones morales y políticas de esta poderosísima escuela que tanto ha influido en la historia de la humanidad, y que aún mantiene en jaque á la filosofía contemporánea.

En armonía con este criterio, el espiritualismo dividió á las ciencias en dos grupos principales: la geología, la astronomía, la física, la química, la medicina... se ocupan de la materia, de lo que nació del polvo y en polvo, tarde ó temprano, se ha de convertir; la psicología, la moral, la teología, la teodicea... del alma, de lo que no se ve, de lo eterno, de lo metafísico; esto es, de cuanto se supone existir más allá de lo físico, de lo que no puede someterse á experimentos: y esta degradación de la materia, tanto mayor cuanto más se exageran las divinas excelencias del espíritu, influyó en la ética, alterando el verdadero concepto de lo bueno y de lo útil, convirtiendo á la moral en sierva de la religión y presentando al mundo como un lugar de sufrimiento en el que estamos de paso, y con el cual no debemos encariñarnos: el cuerpo nace aquí y aquí muere; pero el alma es inmortal, la conciencia persiste inmutable más allá de la tumba, y lo único á que el hombre debe tender es al honesto empleo de su libertad, para llegar á la beatífica posesión de Dios: Dios es espíritu, luz, felicidad purísima y redención; el mundo es materia, carne, deleites infernales y perdición; la suprema virtud, según el credo espiritualista, consiste, por ende, en sufrir y menospreciar todo lo terreno, para mejor disfrutar la vida del espíritu. Es la fe religiosa y la moral ortodoxa ahogando las explosiones del pensamiento libre, la exaltación de la muerte, la apoteosis de lo invisible, la creación ofrecida en holocausto á un Sér imaginario, el sacrificio de la realidad ante un mundo fantástico plétórico de místicas quimeras...

El materialismo, partiendo de premisas opuestas, llega á conclusiones bien distintas: la fuerza y la materia son inseparables; una fuerza sin materia, no es fuerza, pues carece de capacidad para obrar; y la materia por sí sola tampoco puede existir, puesto que al faltar en ella la fuerza que mantiene unidos sus átomos, sobrevendría la disgregación; disgregación que sería infinita, porque así como no podemos imaginar límite á lo grande, es imposible concebirle término á lo pequeño; la materia y la fuerza van siempre juntas, y resultado de su unión es el movimiento, mantantial inagotable de la vida.

A su juicio, la hipótesis deísta es absurda ó, por lo menos, inútil; Dios no creó el universo, sino que existió con él, unido á él; y las evoluciones cósmicas las practicó fatalmente, sin plan ninguno preconcebido, obrando en todas las circunstancias como fuerza inconsciente. El hombre, á los ojos del positivismo, deja de ser un compuesto de espíritu y materia; en nuestro organismo no hay más que músculos que se contraen para moverse, huesos que resisten, sentidos que ponen en relación al sujeto con el mundo objetivo, nervios que vibran llevando y trayendo las sensaciones y las determinaciones de la voluntad, glándulas que segregan jugos necesarios para la economía; el hígado segrega bilis y el cerebro ideas; el pensamiento, como el sudor ó el jugo pancreático, es uno de los múltiples resultados de la circulación sanguínea; el cerebro es el que aprecia las sensaciones visuales, el que gusta el sabor de los manjares y aprecia la intensidad de las esencias; el que palpa, el que oye, el que discurre, fantasea, inventa y tiene conciencia de sí mismo; son funciones puramente fisiológicas y la vida cerebral termina con el último suspiro del moribundo, con las postrimeras contracciones del corazón. Y esto sentado, rechaza la libertad humana, porque estando sometida la materia á leyes inmutables y siendo materia todo lo que hay en nosotros, claro es que el mundo moral no podrá regirse por el ensueño de ese libre albedrío indómito y caprichoso, que los espiritualistas admiten para legalizar las consecuencias morales y políticas de su sistema; y rechaza también la teoría que considera á la tierra como un lugar de tortura y al dolor como el único amuleto que puede conquistar para la humanidad oprimida la redención perdurable.

Por ahí van las modernas corrientes filosóficas y su empuje es incontrastable y su victoria será en breve definitiva; porque la filosofía, tal como la entienden sus más insignes representantes contemporáneos, se ha aliado con las ciencias experimentales, y hoy día su influjo trasciende á todas las regiones de la literatura y de las bellas artes; Zola, Bourget, Tolstói, Wagner, Dicenta, Picón, Sorolla, Fillol, indican en la novela, en la música y en la pintura de sus respectivos países, los rápidos triunfos de la corriente naturalista dimanada del positivismo científico.

Como sobre la psicología, ó ciencia del alma, se

apoya la metafísica y sobre ésta la teología, y en todas se asienta la religión cobrando de ellas fuerzas y validez, cuando el espíritu escéptico y analítico de este terrible fin de siglo que de todo se ríe, eche por tierra pulverizada la primera piedra del edificio espiritualista, la obra de metafísicos y de teólogos se desmoronará obedeciendo á la pesadumbre de sus propios artificios. Hay que dar en el hito para triunfar pronto y bien, de tal suerte, que el contrario no se levante más; muchas veces las empresas más difíciles, los sucesos más trascendentales, dependieron de una circunstancia que pudo parecer, á primera vista, insignificante; una bala que pone fuera de combate á un general de prestigio decide el éxito de una batalla; Arquímedes pedía un solo punto de apoyo para arrancar al mundo de sus cimientos; el enorme facistol del Monasterio del Escorial que pesa muchas arrobas, descansa sobre un pedacito de diamante; la hélice, una ruedita que está girando continuamente sobre sí misma como si quisiera horadar el Océano, pone en movimiento á buques gigantescos que parecen castillos flotantes; el soldado que recibió muchos golpes sin sucumbir, cae en cuanto la hoja de un cortaplumas le desgarró un poquito las paredes del corazón...

Pues bien, el espiritualismo, esa filosofía poderosa que todo lo ha invadido durante tantos siglos; la que facilitó el triunfo de la religión y luego se sirvió de ella para extenderse y triunfar de las conciencias rebeldes; la que sojuzgó á los pueblos con sus gobiernos teocráticos, afianzó la soberanía espiritual de los Papas, encendió las guerras religiosas, inspiró las cruzadas, construyó conventos en que se enervaban las energías de los hombres y se perdía la virginidad de millares de mujeres; la que levantó templos, invadió la cátedra, inspiró á los artistas y ahogó el libre examen con su autoridad, sus tormentos y las dulces promesas ultra-terrestres con que seducía á los cándidos devotos; la que supo prestar á las ficciones teológicas tales visos de realidad que instituyó una carrera, la carrera eclesiástica, en la cual los estudiantes aprenden el modo de ponernos en comunicación inmediata con Dios y procurarnos un rincón en la gloria eterna; esa filosofía que inspira toda la historia desde Jesucristo hasta nuestros días y cuya labor aparece tanto mayor cuanto más medita en ella, tiene un punto concreto, indispensable para su vida.

¡El alma!... Esa es la rueda catalina, el principal sostén del andamiaje espiritualista. Podría serlo también la idea de Dios, pero ¿para qué remontarse tan alto y buscar allende las nubes lo que va con nosotros mismos?... ¡El alma!... Una noción abstracta, incomprendible, puesto que sus defensores aseguran que no pesa, que no tiene extensión, que es invisible; un algo tan pequeño que los teólogos han procurado averiguar los usos que caben en la punta de una aguja y con un on que son infinitos; eso, tan pequeño, sirviendo de sostén á una filosofía tan grande, que ha abrido el mundo... ¿No inspira risa?... Y, sin embargo, éste será el primer caso en que, al destruir el alma, habrá motivos para tocar á muerto...

Porque, si tras la tumba no hay nada, si el infierno con sus diablos y el paraíso con los placeres de que nos hablan los libros místicos, son vanas consejas infantiles; si la fe en el otro mundo desaparece al convencerse la humanidad de que todo acaba aquí, en el gran estercolero de la Tierra, ¿quién va á creer en la autoridad espiritual de los clérigos y en el poder de la Iglesia?... ¿Quién se confesará de pecados que los tribunales de justicia dejan impunes? ¿Quién pagará entierros, y asistirá á misa, y rendirá pleito homenaje á los santos, y buscará en el bautizo la purificación de un pecado necio inventado por la Iglesia, si en la conciencia de la humanidad está que todo aquello es inútil?...

Pero importa que el eco de estas discusiones filosóficas trascienda fuera del Ateneo y del libro y llegue á oídos del pueblo. Entonces el soplo regenerador de la impiedad que habrá hecho olvidar las irrisorias imponentes de la fe, penetrará en las catedrales apagando la melancólica luz de los blandones encendidos en los altares, desvaneciendo el olor á incienso, extinguendo las luctuosas armonías de los órganos, arrebatando á las campanas su mentirosa y decantada poesía, constipando el fervor místico de los devotos arrodillados ante las imágenes.

¡No hay alma!... esta negación tan breve, tan categórica, tan trascendental, abatirá el poderío de una escuela que ha hecho bambolearse á muchos tronos: todas las carreras que figuran en los cuadros de enseñanza responden á algún fin práctico; siempre habrá enfermedades que curar y pleitos que defender y edificios y puentes y carreteras que construir, y la necesidad, por tanto, de los ingenieros, de los abogados y de los médicos, es indiscutible; pero cuando el positivismo científico convenza á las muchedumbres de que la inmortalidad del espíritu y la vida perdurable que comienza después de la muerte son meras ficciones defendidas y poetizadas por la literatura mística ¿qué será de los seminarios, de las iglesias y de los ministros que offician en sus altares, explotando el infinito y sacando de él, el pan suyo de cada día?...

¡Ah!... la ruina del misticismo cristiano es inmediata, la ciencia todo lo invade y las leyendas de los santos se confundirán en breve con las consejas de brujas y endemoniados, embelecados que los labriegos supersticiosos cuentan al amor de la lumbre en las noches de invierno; la humanidad prescindirá de la otra vida para mejor pensar en ésta, y se olvidará de Dios como ya se ha olvidado del diablo: la indiferencia consumará la obra de destrucción que comenzó el libre examen, las campanas enmudecerán y sus cuerdas penderán inmóviles, soñolientas y empolvadas, sin encontrar una mano devota que las agite; las aves nocturnas, convidadas por tanto silencio, anidarán en las torres y en los capiteles de las columnas; las naves de los templos quedarán desiertas; las polillas y las carcomas acelerarán la tarea destructora del tiempo; y los sacerdotes huirán de aquellos altares en que ya no quedan ni luces ni flores; el viento penetrará por las puertas abiertas haciéndolas crujir, y su eco melancólico resonará pavoroso en las bóvedas desnudas...

Todo habrá concluido, el prestigio de los curas habrá pasado y la muchedumbre indiferente dirá de ellos lo que de los pastores protestantes decía De Maistre: *Son hombres vestidos de negro que hablan de moral honestamente...*

EDUARDO ZAMACOIS.

COSAS.

Como es sabido, Mr. Woodford, el nuevo ministro de los Estados Unidos en Madrid, que es conocido en toda la tierra *yankee* por sus pocas simpatías hacia España, anda de nación en nación y de corte en corte, solicitando la neutralidad de los gobiernos de Europa en el caso de una intervención del Tío Sam en la cuestión cubana.

Hé aquí como acerca de este asunto se expresa *La Liberté*, órgano autorizadísimo del presidente de la República francesa, y del ministro de Negocios Extranjeros, Mr. Hanotaux:

«El general Azcárraga ha sido definitivamente investido de la presidencia del Consejo de Ministros de España. Es el gabinete Cánovas decapitado. Tal solución sólo se puede considerar como interina, y tanto más peligrosa cuanto que los Estados Unidos parecen resueltos á aplicar á la llaga de Cuba un hierro candente.

«La presencia en París, de paso para España, del nuevo embajador portador para el gabinete de Madrid del *ultimatum* hipócrita de Mr. Mac Kinley, ha provocado una serie de conferencias de los diplomáticos americanos en Inglaterra, en Francia y en Alemania. Los representantes de la Casa Blanca han debido inquirir la opinión de los tres gobiernos europeos á quienes más interesa la cuestión sobre el proyecto de intervención en los asuntos de Cuba.

«Aunque una nota de carácter insidioso pretende que lord Salisbury no se ha mostrado adverso al proyecto, es evidente que la comunicación americana no ha merecido del gobierno inglés género alguno de respuesta. NI INGLATERRA, NI FRANCIA, NI ALEMANIA, PUEDEN DISCUTIR TALES PROPOSICIONES; PERO LOS ESPAÑOLES HARÁN BIEN EN NO EXAGERAR EL ALCANCE DE ESTA NEUTRALIDAD.»

Estos últimos párrafos de *La Liberté* vienen á ser algo así como un aviso á España para que no exagere el alcance de esta neutralidad de Francia, Inglaterra y Alemania, y se preocupe activísimamente en el arreglo de la cuestión cubana.

Ahora bien: dicha cuestión no tiene otro arreglo posible—lo confiesan á una tirios y troyanos—que el otorgamiento á la isla de un radicalísimo régimen autonómico.

Peró parece ser que en altas esferas no se quiere en manera alguna esta solución, hasta el punto de que se dice ya que el Sr. Sagasta, que no está dispuesto ni mucho menos á ser relegado al ostracismo del poder, se dispone á modificar su programa borrando de él todo cuanto signifique la más ligera concesión en sentido autonómico.

¿Dejará el pueblo que la ruina de España se consume totalmente, sólo por no conceder la autonomía á la isla de Cuba?

¿Dejará el pueblo español, repetimos, que contestándose á la guerra con la guerra nos enajenemos las simpatías de la Europa culta?

La política bufa se generaliza; los Martínez y Silvela encuentran ilustres imitadores en el Czar de todas las Rusias y el presidente de la República Francesa, gobernada por los *Reyes del dinero*, de Augusto Chirac.

La que va por lana es la Tercera República; monsieur Faure busca en Petersburgo un aliado contra

Alemania y volverá esquilmada, porque los rusos quieren el dinero francés.

La comedia franco-rusa tiene siempre por segundo acto un empréstito ruso de 1.000 millones de rublos, hecho en París.

¡Bravo por los socialistas franceses que han protestado en el Parlamento contra ese ridículo viaje!

¡Bien por el ilustre y veterano Goblet!

—¿No sabes qué pasa?

—¿Qué pasa, Manuela?

—Que Martínez Campos se va con Silvela.

¡Qué miedo!

—No tiembles.

—¿Pues qué quieres que haga?

¿No ves que están juntas la espada y la daga?

¡Como se enfurezcan...!

¡Qué horror!

—Qué te importa.

La daga no pincha,

la espada no corta.

Ni Bernardo Campos

ni Ambrosio Silvela

harán nada nunca.

Ríete Manuela.

Parece ser que el general Primo de Rivera ha pedido 25.000 hombres para Filipinas, añadiendo que lo menos que necesita son unos 8 ó 10.000.

A propósito de esto reproducimos de *El Heraldo de Madrid*:

«Habiéndose declarado que reinaba en Filipinas una paz superior á la que existía hace diez años; habiéndose disuelto aquellos cuerpos de voluntarios que se organizaron en los primeros meses de la guerra, y las baterías de á nueve, y fuerzas de caballería, por considerarse innecesarias; habiéndose hecho entender que no sólo no eran necesarios refuerzos, sino que el éxito del general Primo de Rivera quedaba plenamente demostrado devolviendo á la patria los soldados que fueron allí á pelear, no acierta la gente á comprender que se haga una petición de refuerzos sin una explicación clara de las causas y sin previo reconocimiento de una equivocación.

«Pero hay algo más. Han regresado y siguen llegando jefes, oficiales y subalternos en todos los correos, y se cita el caso de estar ya en la Península cinco de los seis oficiales de Estado Mayor que fueron no hace mucho á Filipinas. Si esto es así ¿cómo se explica que en ese telegrama se pidan oficiales de ese distinguido cuerpo?»

«Otro dato de interés se cita.

«Hace poco regreso del Archipiélago por haber excedentes de su clase, un teniente coronel que desempeñaba cargo cerca del ministro de la Guerra, y que se le llevó el general Primo de Rivera. Si esto es así ¿cómo se pide en el telegrama el envío de seis tenientes coroneles?»

Aquí debe haber *gato encerrado*, y es preciso que se hable claro y se diga en qué consiste este repentino cambio del general Primó, que tan optimista era antes y tan pesimista ahora.

Es preciso asimismo que se sepa de una vez lo que hay de verdad en esos rumores acerca de la muerte de soldados en Filipinas por el hambre, la consunción y la tisis.

Le Peuple, de Bruselas, diario órgano de la democracia socialista belga, ha abierto una suscripción en sus columnas á favor de los presos de Montjuich y de los proscritos españoles, procedentes de los calabozos de dicho castillo.

Componen el comité encargado de esta recaudación diputados y concejales socialistas de Bélgica.

Ha sido nombrado redactor-corresponsal de *GERMINAL*, en Sevilla, nuestro querido amigo Manuel R. Pérez, el cual nos enviará artículos interesantes acerca del estado social y económico de aquella comarca.

Nuestro suscriptor y amigo de Lubrin (Almería), D. Manuel Gallegos, nos escribe hablándonos de la triste suerte del empleado de comercio en provincias.

Dice que los empleados noveles, los que empiezan, no ganan sueldo alguno, ni aun la comida, y sirven de criados y mozos de cuerda para transportar cajas, sacos y otras cosas pesadas, de la misma manera que si fueran bestias.

Añade nuestro comunicante que el que llega á obtener la comida puede darse con un canto en los pechos, aunque más valga que no la obtuviese, pues el jefe ó patrono se cree facultado para insultarle á cada paso y aun pegarle.

Trabajan desde que amanece hasta las once de la noche, y no hay días festivos para ellos, puesto que todos son laborables.

No se les permite leer nada y se hallan sometidos á la más tiránica de las dependencias.

Urge, pues, que los dependientes de comercio se unan y acepten las bases que para su emancipación y bienestar en otro lugar de este número publicamos.



Nuestro distinguido amigo particular, Eduardo S. de Castilla, director de la *Revista Moderna*, ha tenido la desgracia de perder á su esposa.

Nos asociamos á su dolor.



Según leemos en muchos periódicos extranjeros el emperador Guillermo II de Alemania, de acuerdo con el viejo ex-canciller príncipe de Bismarck, propónese combatir á sangre y fuego la propaganda de la democracia socialista, cada día más desarrollada y floreciente en aquel imperio.

Bismarck es partidario de una represión violenta y el segundo de los Guillemos, según se asegura, entrará en el camino imprudente aconsejado por el decreto príncipe.

Tanto mejor si se adopta este criterio, puesto que mientras más violenta sea la represión, más rápida será también la expansión de las ideas de los enemigos del imperio.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Calatayud.—D. M. A.—Queda hecha la suscripción á favor de D. A. V., como desea, y por correo contesté á la suya.

San Fernando.—D. J. T.—Recibido el importe de seis meses de suscripción.

León.—D. F. S.—Remitidos 10 ejemplares como indica en su nota del 17 del corriente.

Alburquerque.—Doña E. S.—Remití 5 ejemplares del núm. 16 y continuaré remitiendo 5 semanalmente hasta nuevo aviso.

Aranjuez.—D. F. F.—Queda hecha la suscripción como desea á favor del C. R.; contesto correo.

Salamanca.—D. F. B.—Esta Administración no puede acceder á su petición y puede mandar los fondos en sellos.

Zamora.—D. L. S.—Recibido el importe de su suscripción,

así como también de los Sres. D. F. H. y D. F. J., de *Arcenillas*.

San Felix de Guisols.—D. J. V. C.—Se hará lo que indica en la suya remitiendo al mismo tiempo los números que desea.

Azuaga.—D. F. R.—Recibido el importe de seis meses de suscripción como en la suya me indica.

Gijón.—D. M. A.—Queda hecho el aumento del paquete semanal en 7 ejemplares más como pide en la suya.

Cuevas de Vera.—D. P. P.—Remito lo que pide en su última y espero conteste mi carta.

Andujar.—D. A. B. R.—Espero me conteste á mi última carta fecha 24 del corriente para resolver.

Campanario.—D. J. C. y B.—Queda hecha la suscripción como desea desde el día 1.º del próximo Septiembre.

Zamora.—D. E. B.—Recibida la carta-orden para cobrar 2,50 pesetas, importe de un trimestre, y se pasarán á cobrar á su señor hermano como desea.

Sabadell.—D. G. P.—Aténgase á mi carta última fecha 25 del corriente. También le remito los ejemplares que pide en su carta.

Zaragoza.—D. M. B.—Aténgase á mi última carta y espero resuelva.

EL ADMINISTRADOR.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración: VILLANUEVA, 20

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

REDACTORES

ERNESTO BARK (A. DE SANTA CLARA),
RAFAEL DELORME (JUAN DE LA ENCINA),
RICARDO FUENTE, JOSÉ JURADO DE LA PARRA,
FRANCISCO MACEÍN, ANTONIO PALOMERO (GIL PARRADO),
MANUEL PASO, NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA,
EDUARDO ZAMACOIS.

DIRECTOR ARTÍSTICO: FÉLIX JAIME.

COLABORADORES

ALFREDO CALDRÓN, U. GONZÁLEZ SERRANO,
JACINTO O. PICÓN, JACINTO BENAVENTE, LAPUYA,
RAMIRO DE MAEZTU, MARIANO DE CAVIA,
EUSEBIO BLASCO, ARTURO REYES, JOSÉ JUAN CADENAS,
JULIO BURELL, ANTONIO MONTILLA, CATARINEU,
MIRALLES, SALAS ANTÓN, ANTONIO ZOZAYA,
VERDES MONTENEGRO,
FERNÁNDEZ VAAMONDE, ODÓN DE BUEN, SEGURA, ETC.

REDACTORES-CORRESPONSALES

Montejo de Arévalo, EUSEBIO GÓMEZ.—*Minas de Río-Tinto*, RICARDO RODRÍGUEZ SOUSA.—*Villaviciosa*, ROGELIO G. DE REDUELES.—*Mazarrón*, GINÉS GARCÍA NAVARRO.—*Guadix*, JOSÉ MARÍA ORTIZ.—*Salamanca*, CRESCENCIO S. ESCULTA.—*Cartagena*, JOSÉ G. VASO.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid....	Trimestre.....	2	pesetas.
	Año.....	7	—
Provincias.	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año.....		15	—
Número suelto.....		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

ENCARNACIÓN RODRÍGUEZ

MODISTA DE SOMBREROS

Recibe quincenalmente las últimas novedades de París y de Londres.

CARMEN, 21

PREPARATORIA MILITAR

DIRECTOR

DON EMILIO PRIETO VILLARREAL

Calle de Fuencarral, 6, pral.

Honorarios: 25 pesetas al mes.

EL GRABADOR UNIVERSAL.

GRAN TALLER DE GRABADO

PARA

litografía, talla dulce y tipografía.

FOTOGRAFADO, FOTOTIPIA

Y SUS SIMILARES,

con maquinaria para la estampación de estos procedimientos.

DIRIGIDO POR

FÉLIX JAIME

VILLANUEVA, 20.—MADRID.

«DE UN PERIODISTA»

POR

RICARDO FUENTE

CON UN PRÓLOGO DE

JOAQUÍN DICENTA

Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

De venta en esta Administración.

INSTITUTO POLÍGLOTA

Francés, inglés, alemán, ruso,
italiano, portugués, polaco, árabe, latín,
griego.

Lecciones desde 15 pesetas al mes; conversación de francés (Cercle Polyglotte), 5 pesetas al mes; traducciones comerciales, literarias, de documentos, etc., en el acto, 1 peseta las cien palabras.

Director: D. ERNESTO BARK

De diez á doce en la Puerta del Sol, números 11 y 12.
Papelería Pelegrini.

D. BRITO SANCHEZ CIRUJANO-DENTISTA

Pone á su disposición el Gabinete de Clínica dental, montado con todos los adelantos de la ciencia.
Consultas y extracciones los jueves y domingos, de ocho á una, UNA PESETA.

SAN BERNARDO, 20

Acaba de publicarse:

LA REPÚBLICA SOCIAL

CARTILLA POLÍTICA DEL PUEBLO

FOLLETO DE ACTUALIDAD

á 25 céntimos.

- I. *Deberes y derechos del ciudadano.*
- II. *El Programa de la República.*
- III. *Los Presupuestos nacionales.*
- IV. *La Revolución Social.*

Los centros populares pueden adquirir 200 y más ejemplares á 10 céntimos

en la Administración de GERMINAL.

Ernesto Bark; biografía, por *Francisco Maceín*.
Las Escuelas Socialistas; por *Rafael Delorme*.
La Hacienda de la República Social; por *Ernesto Bark*.
El Ministerio del Trabajo; por *I. L. Lapuya*.

OBRAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS.

<i>El misticismo y las perturbaciones del sistema nervioso.</i> —(Un tomo).....	1
<i>Humoradas en prosa.</i> —(Un tomo).....	3
<i>Consuelo</i> (novela).—(Un tomo de 415 páginas).....	3

Se venden con el 40 por 100 de descuento, en esta Administración.